

## Concreto y color, baldosas de la memoria como intervención política y subjetiva.

Diego Benegas Loyo <sup>1</sup>

### Resumen

El terrorismo de Estado es una práctica social que interviene políticamente no sólo a través del exterminio sino también modelando sujetos. La subjetividad deviene campo de batalla de proyectos sociales encontrados. Los mecanismos afectivos instalados por el Estado terrorista tienden a reproducir su modelo societal. Para entenderlos, preguntamos a quienes trabajan en desarmarlos, construyendo otros afectos y vínculos. Observo *Barrios por Memoria y Justicia*, un colectivo de organizaciones barriales de Buenos Aires que desde 2006 instalan las “baldosas de la memoria.” Su fabricación colectiva y colocación pública son una praxis humilde pero constante que recuerda el pasado y transforma el presente. Producto de un diagnóstico psicosocial, esta táctica despliega una intervención socio-afectiva que apunta a cambios subjetivos con direccionalidad política. Ese “hacer entre todos” reconstruye redes y potencia actores locales, regenera lazos e inventa espacios comunes. Un trabajo concreto de cemento y arena, y un jugar colectivo de colores y formas, entrelaza generaciones, historias, e imágenes. Tenemos mucho por aprender de estas prácticas: son acontecimientos liminales que transforman a los participantes, exorcizando el dolor y potenciando juego compartido, alegría y creación. Esta práctica de transformación colectiva, desmantela subjetividad dictatorial y construye con sus pedazos nuevos senderos para caminar juntos.

---

<sup>1</sup> Diego Benegas Loyo. Psicólogo clínico, docente e investigador social especializado en trabajo con víctimas de violencia, trauma y población transnacional. Doctorado en New York University, Licenciado en Universidad Nacional de Córdoba. Profesor Titular “Interconsulta y Emergencia,” Instituto Universitario Fundación Barceló. Director del proyecto de investigación “Trauma, catástrofe y acción colectiva”, con subsidio Fundación Barceló; benegas.loyo@gmail.com

## **Concreto y color, baldosas de la memoria como intervención política y subjetiva.**

Intersección de avenidas Callao y Corrientes, en Buenos Aires. El semáforo detiene a la pequeña multitud urbana que se va agrupando en la vereda; con mucha gente en la esquina hay que moverse más allá. Cerca de un poste, una mirada al suelo devuelve un mensaje: “Aquí fue secuestrado Guillermo Pablo Jolly, militante popular, detenido desaparecido, diciembre 1978, por el terrorismo de estado, Barrios x Memoria y Justicia”. Estamos en un lugar particular: allí, el estado terrorista “desapareció” a una persona.

La colocación de placas recordatorias es una práctica bastante difundida; son generalmente situadas en las paredes de edificios, muchas veces realizadas en metal o cerámico. No es tan frecuente que se coloquen en las veredas, reemplazando a las baldosas comunes. Y es menos habitual que indiquen el preciso lugar de un secuestro. Sin embargo, las que nos interesan son aún más particulares. Las *baldosas de la memoria* son placas de cemento, instaladas en veredas públicas con incrustaciones con los nombres de detenidos desaparecidos por el terrorismo de estado durante la última dictadura militar. Constituyen una estrategia llevada adelante por organizaciones del movimiento de *Barrios x Memoria y Justicia*. Esta coalición de agrupaciones barriales comenzó en 2006 un trabajo de investigación, movilización, y articulación con diferentes actores sociales y políticos que se plasma en la construcción y colocación de baldosas en veredas o plazas de la ciudad. Estas organizaciones han publicado tres libros narrando, analizando y reflexionando sobre su hacer (Barrios, 2010; 2011; 2014). En ellos documentan ocho años de una práctica que evidencia los trazos del terrorismo de estado a la vez que interviene sobre ellos.

### **Terror y subjetividad**

El terrorismo de Estado es una práctica social que actúa políticamente en multiplicidad de formas. No sólo se trata del exterminio masivo, el genocidio de un sector de la población, sino también de una estrategia de intervención que modela sujetos y lleva adelante una reconfiguración de la sociedad. Algunos autores estudian el genocidio como un modo de comportamiento social, cuestionando una cierta versión de éste como un evento único, fuera de la lógica de la vida social (Feierstein, 2011; Calveiro, 1998; Duhalde, 1983). Si bien los procesos genocidas no son generalizables a toda sociedad, sí están insertos en procesos mayores y se rigen por las grandes lógicas que atraviesan todo proceso social, político, y económico. Este trabajo es una apuesta metodológica que investiga los efectos psicosociales del genocidio por medio de observar la militancia postdictadura. A partir del trabajo de Barrios x Memoria y Justicia, intentamos iluminar aspectos subjetivos en su dimensión política. Nos enfocamos en esta intervención con la intención de captar efectos psicológico políticos de largo plazo del terrorismo de Estado en ocasión de su desmantelamiento.

Un proceso genocida tiene una dimensión social, simbólica, pero también material, legal, económica, que trascienden con mucho el hecho de la muerte. De hecho, nunca un asesinato se trata solamente de la mera desaparición física. Por el contrario, los efectos subjetivos sobre los demás, los sobrevivientes, los testigos, y el resto de la comunidad son de importancia crucial. Esto no sólo en términos de afectación, sino de cómo la sociedad continúa después. Por el momento, aplazamos una distinción conceptual entre genocidio y terrorismo de estado hasta interrogar las formas de su utilización por los actores que recuperan y transforman estos conceptos en sus prácticas. En este sentido nos interesa investigar el terrorismo de estado como una intervención política cuyos efectos, además de económicos, legales y culturales, son también subjetivos.

Un nivel particular de la contienda política se libra en la subjetividad. Esto no es nuevo, como tampoco lo es que la dictadura argentina se haya dedicado específicamente a ese aspecto. La existencia de un “plan de operaciones psicológicas” (Vazquez, 1985) muestra clara autoconciencia del nivel subjetivo de la intervención estatal terrorista. Esto establece la subjetividad como uno de los niveles que conciente y planificadamente fueron usados desde el estado terrorista como ámbito de su intervención. Sin embargo, no debemos limitar nuestro análisis de los aspectos subjetivos solamente a aquellos que están enunciados en estos planes. Los efectos del terrorismo de estado superan con mucho las intenciones explícitas de sus ejecutores; sus consecuencias son más amplias debido a la multiplicidad de actores involucrados; sus repercusiones son más complejas y contradictorias de lo que cualquiera de los agentes por separado podría incluso admitir. Por lo demás, los alcances subjetivos de un proceso social son más profundos y extendidos de lo que sus actores ambicionan concientemente o incluso de lo que podrían haber previsto. La subjetividad se muestra entonces como campo de batalla de proyectos sociales encontrados y sus formaciones son emergentes de complejos procesos sociales y políticos donde intervienen multiplicidad de actores. ¿Cómo entender entonces el lugar en que las subjetividades se insertan dentro de los procesos de la reproducción social? ¿Y cómo establecer la forma que esto adopta en una situación tan inusual como lo es un proceso estatal genocida?

Para interrogar el rol de la subjetividad en un proceso político se han ensayado distintos constructos teóricos. Uno de los más prometedores es el habitus. Pierre Bourdieu (2007) lo utiliza para explicar la mediación subjetiva de la reproducción social. Es decir, cómo es que una sociedad se reproduce a sí misma a través de reproducir a sus miembros. En una sociedad estructurada por la distribución desigual de capital y oportunidades, la forma en que los sujetos incorporan esas diferencias y desarrollan su rol en la estructura social está inscrita en habitus. El habitus sería entonces la forma subjetiva de la estructuración objetiva de la sociedad. Ésta deja su impronta en el individuo, que comportándose adaptativamente, colabora en la reproducción de esa misma estructura social que lo constituyó. El habitus es entonces una descripción de cómo la sociedad constituye silenciosamente las disposiciones individualizadas que servirán a su propia reproducción. A partir de esto, podemos pensar que como en la lógica del habitus, las subjetividades engendradas por el terrorismo de estado también están destinadas a reproducir las condiciones que las han producido, ya que solo serán funcionales a un cierto *status quo* si logran reproducirlo en un futuro. Es decir, si el terrorismo de estado puede ser concebido como una estrategia de intervención subjetiva, debemos preguntarnos cómo es que consolida su intervención en los cuerpos y almas de sus destinatarios y cómo es que las subjetividades así constituidas trabajan para reproducir las condiciones de su producción.

Para poder plantear un tal estado de cosas deberíamos pensar en efectos subjetivos que fueran más allá de la conciencia y de la voluntad de las personas. El concepto de habitus muestra uno de los caminos para pensar en procesos como este. Sin embargo, el tipo de intervención del terrorismo de estado se adecua de manera un tanto forzada a este concepto de Bourdieu. En su descripción, el habitus es invisible y silencioso por su misma naturaleza cotidiana; se trata de disposiciones que se adquieren casi imperceptiblemente, por la fuerza de la repetición y la costumbre. El terrorismo de estado, por el contrario, dista de caracterizarse por estos procedimientos imperceptibles, microscópicos y repetitivos. Es, en todo caso, lo contrario. También moldea subjetividades, pero se trata de una intervención masiva, radical y dramática. Y que lejos de ser invisible, muestra su naturaleza de excepción, extraordinaria y fuera de toda cotidianeidad.

En este punto apelamos al concepto de trauma. Con el trauma podemos imaginar una

intervención subjetiva que actúa de golpe y de manera excesiva, de formas que no disimulan su accionar sino que por el contrario lo exaltan y lo muestran. De hecho, como analizo en otro lugar (Benegas Loyo, 2011) el “secreto” de las intervenciones del terrorismo de estado de la última dictadura argentina es una característica que no altera el carácter excepcional del procedimiento estatal terrorista. Con el trauma podemos pensar efectos autorreproducidos, de largo plazo, del terrorismo de estado, a la vez fuera de la voluntad y de la conciencia. De esta manera podemos plantear el rol de la subjetividad como lugar de una batalla política por el control de las disposiciones que reproducirán la sociedad. Esto respondería la pregunta siempre presente por la existencia de efectos del terrorismo de estado a cuatro décadas de su instalación. La cuestión es cómo.

El siguiente problema es ya de orden metodológico, dado que si concebimos la subjetividad como sitio de una disputa política por el control de la reproducción de la sociedad, ¿cómo podemos hoy rastrear efectos subjetivos del terrorismo de estado a cuarenta años de su instalación? Evidentemente será una búsqueda indirecta y uno de los lugares privilegiados es las reacciones o acciones que responden a ellos. Precisamente por este motivo preguntamos a quienes trabajan en desarmar esa marca subjetiva del terrorismo de estado, construyendo afectos y vínculos de otra clase.

En lo que sigue, describo una práctica de intervención política subjetiva para plantear hipótesis en relación con los efectos subjetivos del terrorismo de estado. Pero no sólo para indagar hipotéticamente en qué puede haber sido afectada la sociedad, sino más bien algo que considero más urgente: cuáles son las estrategias para desarmar estas marcas. Es decir, no sólo dónde nos dejó el genocidio, sino cómo salimos de allí. Estudiando estrategias dirigidas a desarmar los efectos subjetivos del terrorismo de estado, podemos apreciar cuáles secuelas aún perduran incrustadas en nuestra subjetividad social a la vez que evaluamos las posibilidades de ir más allá de ellas.

## **Baldosas**

La práctica política de intervención afectiva que llamamos “baldosas de la memoria” tiene antecedentes en otras acciones emprendidas por el movimiento de derechos humanos, como los escraches, los juicios por crímenes de lesa humanidad y ciertas manifestaciones callejeras (Benegas Loyo, 2013). También, aunque en otro sentido, se puede relacionar con otro tipo de instalación de memoriales como placas o recordatorios (Benegas Loyo, D’Alessio y Colosimo, 2014). En su forma presente, estas baldosas de la memoria de la ciudad de Buenos Aires, comienzan en 2006 y su construcción y colocación ha aumentado de forma que están en plena expansión en 2014. Se trata de una estrategia a nivel de los barrios que tiene distintos momentos: investigación de datos biográficos de una persona detenida desaparecida o asesinada, localización de su vida en las calles del barrio, armado de redes sociales de conocidos y actores significativos en relación con ella, construcción colectiva de la baldosa entre aquellos implicados, allegados y organizaciones que participen, marcación del lugar en acuerdo con la administración de la Ciudad y con los habitantes de la cuadra, y colocación de la baldosa en un acto público. Esta intervención lleva de varios meses a varios años, es un proceso complejo, y tiene distintos niveles de significación, ya que apunta a reconstruir lazos afectivos entre familias, amigos y relaciones que se habían separado luego de la dictadura, a transmitir un legado a otras generaciones y también a marcar en el espacio del barrio una memoria de los afectados por el terrorismo de estado, haciendo local, y barrial, un asunto nacional.

En los últimos dos años hemos investigado esta práctica a través de observación participante, entrevistas en profundidad y búsqueda de archivo. Este escrito intenta

sistematizar algunas hipótesis producidas en este tiempo del trabajo de campo, específicamente en relación con lo que consideramos una intervención política que tiene lugar en lo subjetivo, pues es el nivel afectivo de esta intervención el que intentamos iluminar.

La fabricación de estas baldosas evidencia una práctica política que dista de ser espectacular. Por el contrario, aparece casi subterránea, no es confrontativa, no ocupa lugares centrales de la ciudad, está bastante alejada de los medios masivos de comunicación, y en general se desarrolla, uno podría decir, sin molestar a nadie. Por ejemplo, la colocación de la baldosa no requiere legalmente del consentimiento o permiso de los habitantes de un edificio o casa. Pero pese a esta posibilidad, el grupo busca el consenso. “Ellos van a tener la baldosa ahí en su casa, ¿para qué ir en contra?”, explica un compañero.

Por otra parte también es una práctica constante. Los participantes cuentan que desde que empezaron, nunca en ocho años ha habido una semana sin reunión. “Aunque sea viene uno ‘de guardia’, pero siempre venimos”, afirma una de las más antiguas participantes. Esta perseverancia resuena con otras prácticas del Movimiento Argentino de Derechos Humanos: la ronda de las Madres, todos los jueves en la Plaza de Mayo, la persistencia de los escraches de H.I.J.O.S., volviendo una y otra vez a marcar la impunidad de los genocidas, la insistente investigación de Abuelas de Plaza de Mayo, investigando por casi cuarenta años las rutas de los 400 niños apropiados. Toda una serie de trabajos cuyo impacto no es tanto de una acción singular, sino de la persistencia a pesar de los años, del clima, de las muchas frustraciones, la represión, y de los distintos gobiernos.

Esta práctica existe porque hubo un genocidio. Estas baldosas marcan los lugares donde el estado terrorista secuestró a alguien justamente porque eso sucedió allí. Aunque por otro lado, si es necesario marcar esos lugares es porque falta una marca. Entonces, podemos hacer énfasis en la agencia de este movimiento – en cómo este grupo de personas se propuso y lleva adelante una empresa. Sin embargo, también podemos enfocarnos en lo que esta práctica política deja ver de un cierto estado de cosas sobre el que sus agentes pretenden incidir. De esta manera, podemos tomar esta práctica como una suerte de “remedio” social o de “terapéutica” política, si se me permite el término, ya que se basa en un diagnóstico del estado de la sociedad y de la creación de una intervención que pudiera cambiar ese estado de cosas. Si logramos entender los mecanismos de esta intervención política, al menos de su intencionalidad, eso nos dejaría vislumbrar el diagnóstico que los actores hacen de la situación social. Y si estas intervenciones tuvieran eficacia en producir cambios sociales y subjetivos, entonces tendríamos que concederles no solamente un poder diagnóstico sino también de eficacia, no sólo política sino también afectiva. Veamos entonces qué se produce a lo largo del proceso de esta práctica de intervención política.

## **Fabricar**

El proceso de las baldosas de la memoria consiste como decíamos en distintas etapas: investigación, articulación, producción, colocación. El trabajo de Barrios x Memoria y Justicia comienza en las reuniones semanales, donde una docena de personas se reúne asiduamente. A veces, la demanda por una baldosa parte de los propios miembros del colectivo; en otras ocasiones, algún familiar de una persona desaparecida se acerca a la reunión a proponer, pedir, o sugerir un nombre. Comienza así una labor de inteligencia: se trata de encontrar información sobre una determinada persona, especialmente precisiones geográficas, los lugares donde vivió, donde estudió, donde militó. Aunque también se buscan datos sobre cómo fue secuestrada, en qué centro clandestino pudo haber estado y también las fechas de ese tránsito. Este trabajo de investigación de una historia personal, reconstruye a la

vez la historia barrial, que se va tejiendo con cada nueva persona. A veces, en esta averiguación se encuentra que en un mismo edificio se desaparecieron o asesinaron varias personas en distintos años, ya sean relacionadas o no. Esto en sí mismo es ya una escritura, o reescritura, una arqueología de aquellas historias que la represión intentó borrar. Es en estas reuniones y charlas con familiares, amigos, allegados, donde se decide el lugar de emplazamiento de la baldosa. El lugar determina el texto y por eso se determina antes de su construcción. Algunas dicen “aquí fue secuestrado”, o “aquí fue asesinado”, pero otras, como las de los colegios, dicen “aquí estudiaron”. Algunas, como una frente a un gimnasio, “aquí se conocieron”. “Aquí militaron” dice una frente a lo que fue una Unidad Básica.

En paralelo, el grupo lleva adelante otro trabajo, esta vez de articulación con las personas a quien decidan involucrar, en general los vecinos y familiares, pero a veces otras organizaciones que puedan estar interesadas en participar: agrupaciones políticas, profesionales, deportivas, o instituciones educativas.

Así se llega al día de la construcción de la baldosa. Barrios Flores-Floresta ha construido baldosas en el Ex Centro Clandestino de Detención *El Olimpo*, y Barrios Villa Crespo las construye en una plaza. Barrios Almagro las realiza típicamente en la calle, frente a la *Casona de Humahuaca*, un centro cultural donde todos los jueves realizan su reunión semanal. Sin embargo, en algunos casos se trasladan. Así sucede cuando se emprende un trabajo con colegios, o cuando trabajaron con H.I.J.O.S. (Hijos e Hijas por la Identidad y la Justicia contra el Olvido y el Silencio) construyendo baldosas con los nombres de los padres de algunos de los miembros de este colectivo. La construcción es un momento importante y de alguna manera íntimo, como mostraremos más adelante. La colocación suele ser más concurrida.

En la mayoría de los casos, la colocación se lleva a cabo en un acto público, y así como la producción, también convoca a diversos actores. El Estado, en distintas funciones y jurisdicciones, es uno de ellos. Por ejemplo, el 29 de Agosto de 2012, Barrios Almagro organizó la colocación de una baldosa en Av. 9 de Julio para el diputado nacional Rodolfo Ortega Peña, asesinado por la Triple A en 1974. Durante este evento, un funcionario de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires rompió el cemento y, antes de terminar, colocó cinta con el color amarillo de la administración del Gobierno de la Ciudad para preservar la baldosa de algún transeúnte desprevenido. Barrios Balvanera realizó la colocación de la baldosa de José Luis D’Alessio, en Tucumán y Ayacucho, donde vivió. Esto fue, a decir de la gente de Barrios, un “mega-evento”, quizás uno de los más grandes que probablemente se realicen, afirmaron comentando esa actividad. La baldosa fue armada por familiares, amigos y vecinos y fue colocada en un acto público que duró todo un domingo de enero de 2011. Este evento fue organizado por Barrios Balvanera y por H.I.J.O.S. Capital; tomaron la calle, cortando el tránsito vehicular, instalaron un escenario y proyectaron un video que relataba la propia construcción de la baldosa, junto con testimonios sobre la vida de D’Alessio, también hubo distintos discursos y un recital de música (Bullentini, 2011). La Secretaría de Derechos Humanos de la Nación proveyó equipos, escenario, y, por supuesto, la legitimación que otorga el auspicio del Estado Nacional. Sin embargo, la mayoría de las colocaciones son menos concurridas, más breves, y no participan tantos agentes gubernamentales, en algunas, de acuerdo a la difusión, el clima o la persona, pueden ser muy pocos. Sin embargo, el número de personas presentes en la colocación aparece como secundario frente a otras características de la intervención. Su mecanismo no depende de la masividad.

Se trata en realidad de una intervención que tiene varios niveles y mecanismos. Una forma de entender el trabajo subjetivo que se produce en estos eventos es a través del concepto de “liminalidad”, que ha sido teorizado a partir de la investigación de los espacios

rituales, especialmente en los ritos de pasaje. Como los teoriza Richard Schechner (1985), un espacio liminal es un lugar particular, creado en las ceremonias de pasaje. Este lugar tiene una dimensión que sólo se despliega durante el ritual. Es un espacio potencial, que se abre en un momento determinado y que tiene la particularidad de producir cambios subjetivos en aquellos que ingresan en él. Schechner compara estos espacios con el trabajo subjetivo de algunas producciones teatrales; su intención es explicar cómo es que el público puede ser llevado, en algunas obras o performances, a experimentar cambios subjetivos que trascienden la sala. Nosotros proponemos que un mecanismo de ese tipo está en juego en estos eventos.

Quizás la fabricación de la baldosa sea el momento en que se aprecia más claramente este trabajo subjetivo. En la fabricación participan principalmente familiares y amigos. Ocasionalmente alguna persona más puede sumarse, pero el evento es menos numeroso y hasta más íntimo que la colocación. La agrupación invita a los participantes a realizar la confección ellos mismos, a ayudar con sus manos en la fabricación. El grupo provee la experticia sobre el material y ciertos criterios estilísticos y técnicos, por ejemplo, sobre los tiempos de fraguado, la forma en que se debe conformar la baldosa para que no se quiebre, para que luzca homogénea con las demás, para que las palabras puedan leerse; es decir, el andamiaje sobre cómo se comienza, como se continúa y cómo se termina la fabricación. Sin embargo en las fabricaciones observadas, es evidente cómo el grupo anima a los familiares y amigos a producirla ellos mismos. Es una frase escuchada a menudo “¿y cómo hacen la baldosa?” preguntará un familiar, y la respuesta no se hará esperar “No, *ustedes* hacen la baldosa”. Así se marca que los familiares o interesados están invitados a participar corporalmente armando con sus propias manos este objeto material.

Por supuesto, es necesario acotar ese “ustedes hacen”. La agrupación tiene ciertos criterios de procedimiento, formato, estilo y color que cada grupo sigue. Debido a esto por ejemplo, es posible hasta cierto punto reconocer cuál baldosa corresponde a qué barrio: Almagro y Zona Norte utilizan verde, Palermo, Villa Crespo y Chacarita-Colegiales utilizan rojo – aunque también se han fabricado baldosas en azul y alguna en negro. También es posible reconocer aproximadamente a qué época corresponden las baldosas ya que el estilo y el formato han ido cambiando, las primeras no tenían tantas incrustaciones ni tantos colores como las actuales. Sin embargo, dentro de ese marco estilístico, el grupo se preocupa por que familiares y amigos participen activamente en la construcción. Es decir, que tomen la cuchara, que llenen el cemento, que alisen las superficies, y que coloquen las letras o las incrustaciones.

## **Escribir**

Dentro de la fabricación, la colocación de las letras que conforman el nombre de la persona desaparecida es una instancia casi exclusivamente reservada a los familiares. En una ocasión, por ejemplo, la hija de una persona desaparecida se demoró en llegar, pero avisó que ya estaba cerca, con lo cual, el grupo comenzó con otra baldosa, que también se construía simultáneamente: los familiares y amigos de una también trabajaban en la otra. Todos intentaron demorar este proceso, en la medida en que el tiempo de fraguado lo permitía: haciendo mezcla más líquida, comenzando después con esa baldosa, pero poco a poco fue quedando casi terminada. El texto se completó casi todo; sin embargo, las letras del nombre fueron demoradas hasta que llegó la hija, único familiar de esa persona. Entonces ella fue quien las completó. Para los miembros de Barrios, no es imprescindible, pero sí es muy importante que los familiares sean quienes coloquen incrustaciones, preparen la mezcla, y sobre todo, que sean ellos quienes escriban el nombre de su familiar desaparecido.

Durante la colocación de las letras del nombre se produce un momento de particular

intensidad afectiva. Observemos un momento que si bien es particular, no es sin embargo infrecuente. En ese caso una baldosa que se realizó con un colegio: dos baldosas con los nombres de nueve alumnas detenidas desaparecidas o asesinadas. Era un día de lluvia por lo que se confeccionó en un pequeño garaje. Como es costumbre cuando Barrios construye baldosas con escuelas, mucha parte del trabajo la realizan los alumnos. Sin embargo, al llegar al momento de colocar las letras de los nombres, a viva voz un miembro del grupo llama a los familiares de cada una, “hay algún familiar de X?” El garaje es pequeño y el grupo, numeroso, pero en medio de ese amontonamiento, un miembro del grupo le da unas letras a un hombre de unos 30 años. Pegadas con cinta transparente, las letras forman el nombre de su tía: “Guardalo así lo ponés vos.” Él, el *sobrino*, no es parte del colegio ni de Barrios, asiste sólo para esta ocasión, y hasta ese momento había estado conversando con los demás, un poco más afuera, ya que eran los adolescentes quienes, guiados por una o dos personas de Barrios, trabajaban con el cemento y las letras. Cuando es momento de colocar las letras, de adentro llaman el nombre de su tía y así lo llaman a él. Entonces al acercarse a la baldosa, su actitud cambia, está serio y se toma el tiempo para colocar cada una de las letras. Él había traído algunos pequeños vidrios de colores para incrustar y así lo hace. Mientras coloca cada letra, no desvía la mirada ni interactúa con nadie, y está por momentos con los ojos cerrados. Para esta persona, ése es un momento íntimo, quizás trascendente. Parece funcionar como tal más allá del bullicio de los adolescentes que continúan ruidosamente con otras tareas, conversando y compartiendo mate. El *sobrino* termina de colocar el nombre, permanece unos minutos inmóvil con los ojos cerrados y luego otro tanto mirando fijamente el nombre de su tía que acaba de colocar. Luego sale del garaje notoriamente emocionado. La expresión de su rostro va volviendo gradualmente a la anterior, acepta un mate y vuelve a integrarse al grupo “de afuera,” entrando nuevamente en conversación con el resto sobre temas cotidianos.

Visiblemente, para esta persona se produjo allí una instancia particular. Un momento compartido con los demás alumnos de hoy, pero también un instante íntimo de algo que quizás podríamos llamar un “contacto espiritual.” Ese intervalo sucedió gracias al dispositivo de la construcción colectiva de la baldosa. Por ello podemos decir que el dispositivo de la baldosa de la memoria potenció esta intimidad pública y colectiva y propició una conexión espiritual que fue individual pero en un marco grupal.

La escuela y los alumnos son un caso especial que merecen una discusión en otro lugar. Aquí tan sólo asimilaremos la relación de los alumnos de hoy con los alumnos de ayer a la de los vecinos de hoy con los vecinos de ayer. Estos dos grupos de personas, los de ayer y los de hoy, pueden encontrarse gracias al despliegue de ese espacio potencial en esa zona liminal donde se juntan dos dimensiones temporales dispares. Los desaparecidos se hacen presentes por medio del evento y los vecinos o los alumnos comparten ese momento con los familiares. En ese compartir el momento también comparten la conexión con los desaparecidos. Y tal como sucedió con el breve momento del sobrino con el nombre de su tía, la construcción de la baldosa también llega a su fin.

## **Salir**

Una vez concluida la baldosa, el fin de ese momento especial y de alguna manera mágico estará marcado por alguna acción del grupo como un todo, muchas veces aplausos, alguna vez un discurso, lectura o poema, o el grito “treinta mil compañeros detenidos desaparecidos ... ¡presente!” Estas acciones marcarán el cerramiento de ese espacio virtual. Con el proceso de limpiado y puesta en orden, algo de esa sustancia trascendente permanece a partir de allí encarnado en la materialidad de la baldosa.

Cada uno vuelve a sus cosas, pero la baldosa ha nacido como una producción de

“entre todos”, en la que muchos han puesto sus manos. Quizás por esto, al terminar la fabricación de la baldosa por Beatriz Perossio, presidenta de APBA, la Asociación de Psicólogos de Buenos Aires, el grupo de amigos y colegas que la estaba armando decidió sacar una foto de la baldosa terminada donde también estuvieran todas las manos de los que allí trabajaron. La intención de señalar que fue una producción grupal ilumina la importancia que dan no sólo Barrios sino las personas que con ellos colaboran a la participación activa: a tocar, poner, “meter mano”, trabajar con estos materiales, para que la producción sea verdaderamente colectiva y que cada uno pueda reconocer que hizo una parte.

Quizás allí encontremos las claves de la acción subjetiva del terrorismo de estado por la vía de su solución. Es necesario *hacer algo entre todos*. Es necesario *dejar las marcas* de algo construido entre todos. Un hacer, entre todos, dejando una marca y en que esa marca esté *identificada*. Si esta praxis insiste en el hacer es porque el estado terrorista impulsó *un no hacer*, la inacción, y la pasividad, impulsando la delegación al estado, las instituciones y en última instancia, las fuerzas armadas el poder de intervenir sobre la realidad. Si estas prácticas insisten en un hacer en común, es porque el estado terrorista impulsó la *acción individual* y fuera del colectivo y castigó las asociaciones y la solidaridad. Y si esta labor persiste en un reconocerse en la tarea, es porque el estado terrorista potenció el *anonimato* y el borramiento de la responsabilidad en las acciones. *Un hacer, colectivo, identificado*: la intervención político afectiva de las baldosas de la memoria deja entrever algunas coordenadas de la acción subjetiva del estado terrorista. Pero principalmente muestra una propuesta, un ensayo de solución, un intento de cambio social profundo.

El terrorismo de Estado intervino no sólo matando sino también modelando subjetividad. Las baldosas de la memoria nos muestran una praxis humilde pero constante que recuerda el pasado y transforma el presente. Despliegan una intervención que apunta a cambios subjetivos con direccionalidad política. Ese “hacer entre todos” reconstruye redes y potencia agencias locales, regenera lazos e inventa espacios compartidos. Un trabajo concreto de cemento y arena, y un jugar colectivo de colores y formas, entrelaza generaciones, historias, e imágenes: acontecimientos liminales que transforman a los participantes, exorcizan el dolor y potencian juego, alegría y creación. *Un trabajo compartido que deja huellas subjetivas*. Una práctica de transformación colectiva que desmantela subjetividad dictatorial para construir nuevos senderos para caminar juntos.

## Referencias

- Barrios x Memoria y Justicia 2010 *Baldosas x la memoria II* (Buenos Aires: Instituto Espacio para la Memoria).
- Barrios x Memoria y Justicia 2011 *Baldosas x la memoria I*, 2ª Ed. (Buenos Aires: Instituto Espacio para la Memoria).
- Barrios x Memoria y Justicia 2014 *Baldosas x la memoria III* (Buenos Aires: Instituto Espacio para la Memoria).
- Benegas Loyo, Diego 2011 “‘If There’s No Justice...’ Trauma and Identity in Post Dictatorship Argentina” en *Performance Research* (Londres) Vol. 16, No 1: 20-30.
- Benegas Loyo, Diego 2013 “Trabajar el barrio: el escrache como intervención cultural” en *Acta Sociológica* (México) Vol. 60: 79-101.
- Benegas Loyo, Diego, Antonella D’Alessio y Ayelén Colosimo 2014 “Hoy cumplirías años: recordatorios en los diarios, tácticas de afecto y memoria en la esfera pública postdictadura” en *Athenea Digital* (Barcelona) Vol. 14, No 2: 147-169.
- Bourdieu, Pierre 2007 (1980) *El sentido práctico* (Buenos Aires: Siglo XXI).
- Bullentini, Ailín 2011 “Un homenaje para romper el silencio” en *Página 12*, 5 diciembre.
- Calveiro, Pilar 1998 *Poder y desaparición: Los campos de concentración en Argentina* (Buenos Aires: Colihue).
- Duhalde, Eduardo Luis 1983 *El Estado Terrorista Argentino* (Buenos Aires: El Caballito).
- Feierstein, Daniel 2011 *El genocidio como práctica social: entre el nazismo y la experiencia argentina* (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica).
- Schechner, Richard 1985 *Between Theater & Anthropology* (Philadelphia: University Pennsylvania Press).
- Vázquez, Enrique 1985 *PRN, La Última: Origen, apogeo y caída de la dictadura militar* (Buenos Aires: Eudeba).